

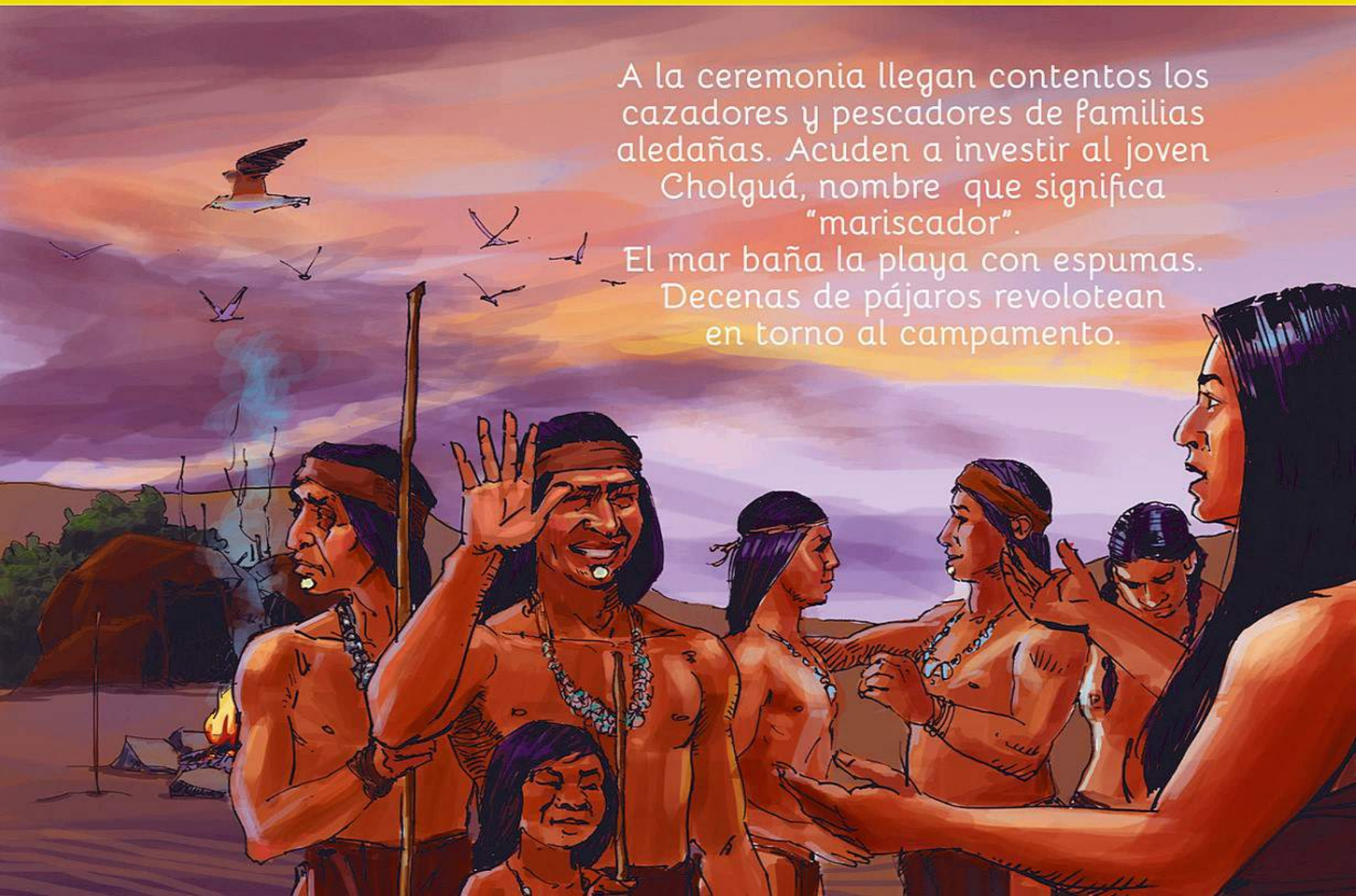
Las dunas de Longotoma son paños de sol junto al océano. Hace muchos siglos llegó al sector el pueblo Bato, conocido como “hombres de los conchales”. En ese grupo se encuentra Cholguá, quien será investido como un nuevo cazador.

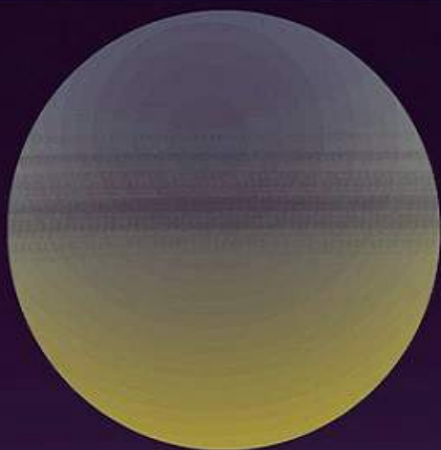
- Hijo, hoy recibirás tu tembetá, signo de que ya eres hombre.
 - ¡Madre, seré el mejor cazador! Traeré carne y pieles finas para ti.
- El joven es pintado por Pullay, su madre. La música de flautas y el viento envuelven el aroma de la fogata.



A la ceremonia llegan contentos los cazadores y pescadores de familias aledañas. Acuden a investir al joven Cholguá, nombre que significa “mariscador”.

El mar baña la playa con espumas. Decenas de pájaros revolotean en torno al campamento.



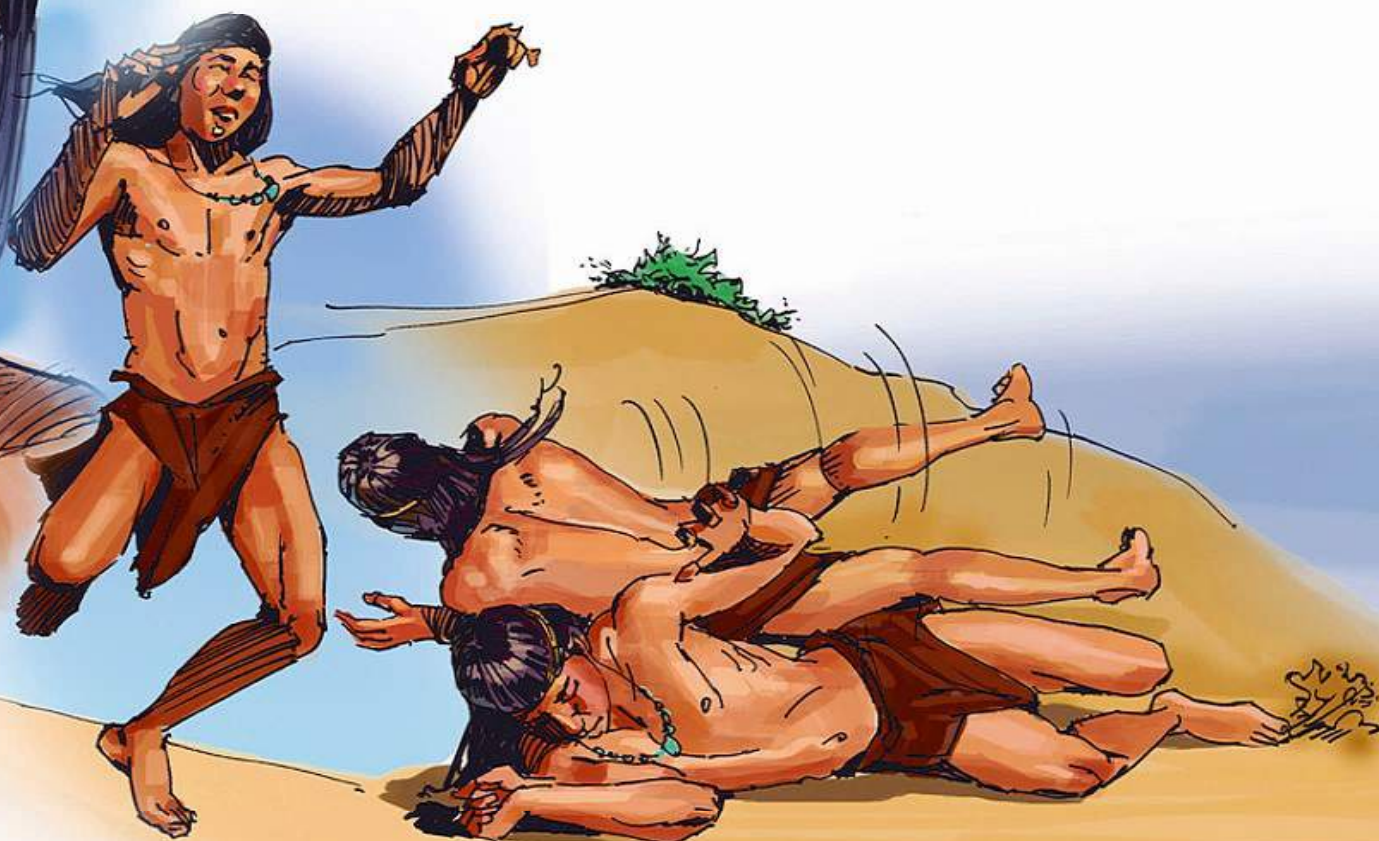


El hombre viejo, de cabeza emplumada, levanta el tembetá tallado en piedra que fue confeccionado por la madre de Cholguá. Pide la bendición de este adorno sagrado que lucirá en el labio inferior del nuevo cazador. Bajo las estrellas el rito se llena de sonidos ancestrales.





Apenas amanece, el orgulloso joven, ya honrado con su tembetá, corre por el campo dunar. Rueda cual tromba deslizándose por las colinas de arena. Salta entre las olas y roqueríos. Cual hábil cazador se mimetiza en el follaje costino.





La madre le llama a gritos.
Su voz viaja por los rincones
de este paisaje marino.
Al escuchar, el obediente
Eholguá, vuelve y deja a
los pies de su mamá una
perdiz que atrapó con
sus propias manos.



Pullay observa que algo le falta al joven.

- ¿Qué ha ocurrido con tu tembetá, hijo?

¡No lo llevas en tu mentón!

¿Acaso lo has tirado?

- ¡Por los dioses, madre... lo he perdido...! ¡Debo encontrarlo!

... Y Eholguá sale a buscarlo.



Recorre la desembocadura del río.
Los pájaros zarapito se apartan.
¡Aquí no está...! Lo rebuscaré
entre las olas... El sonido del mar
canta. Los botes hechos con cuero
de lobo marino recogen sus redes.
Nadie ha visto el tembetá perdido...

✦ Tampoco los recolectores
ni los pescadores de
los roqueríos.





El oleaje deja ver los bancos de macha y el revolotear de los gaviotines... ¡Nada!

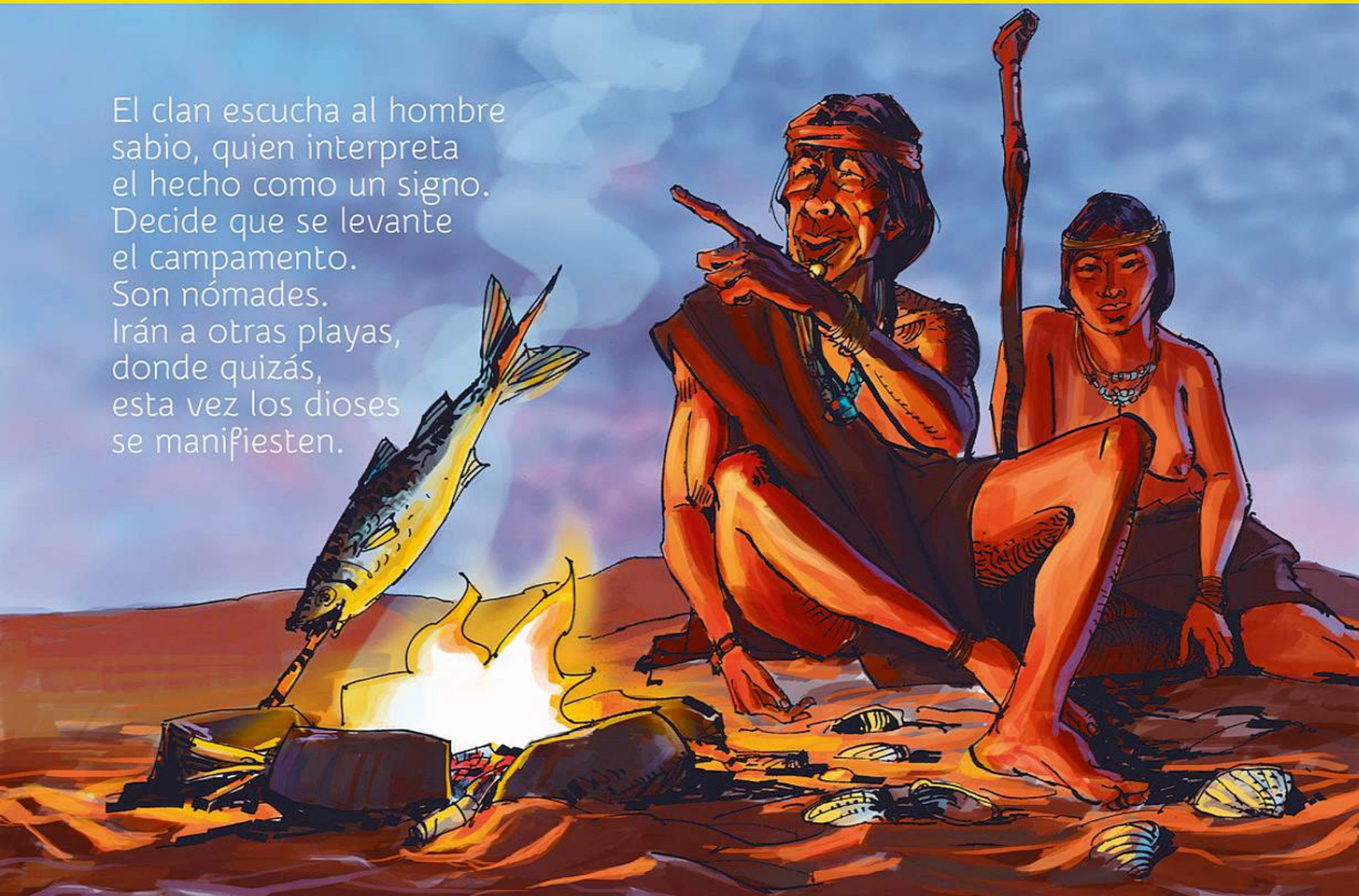
En el lecho fresco de la ría, tras la marea baja, tampoco está el tembetá perdido.

Ante el ruego de la madre de Eholguá todos buscan, pero es inútil.

El cacique, enterado del traspié, toca su flauta de mando y reúne a todos.



El clan escucha al hombre
sabio, quien interpreta
el hecho como un signo.
Decide que se levante
el campamento.
Son nómades.
Irán a otras playas,
donde quizás,
esta vez los dioses
se manifiesten.





El joven Cholguá deberá hacer méritos para ser proclamado con otro símbolo sagrado. Su madre labrará una nueva piedra que reemplace al tembetá perdido. Con la sonoridad propia de los Batos, cargando sus pertenencias, marchan con esperanzas hacia las playas del norte.